

IDEAS Y CAUDILLOS

Redentores. Ideas y poder en América Latina

Enrique Krauze

México y Bogotá: Random House Mondadori, 2011, 583 p.

Redentores, el último libro del escritor mexicano Enrique Krauze, es un enorme esfuerzo por darle sentido continental a la vida y obra de doce figuras extraordinarias en la América Latina. Con las excepciones de José Martí y José Enrique Rodó, son figuras cuyos protagonismos se identifican con los problemas del siglo pasado y los dilemas venideros, aunque en algunos casos el siglo diecinueve es un marco de referencia importante. El libro lo conforman doce ensayos que se pueden leer de manera independiente. Krauze les agrupa en distintas secciones. Profetas: Martí, Rodó, Vansoncelos y Mariátegui. Iconos revolucionarios: Eva Perón y Che Guevara. Novelistas: García Márquez y Vargas Llosa. Religiosos rebeldes: Samuel Ruiz y el Subcomandante Marcos. Dos figuras merecen sus propias secciones: Octavio Paz, el «hombre y su siglo», y Hugo Chávez, «el caudillo posmoderno». A estos doce ensayos les ata la preocupación de Krauze por ubicar las raíces intelectuales y políticas de las vicisitudes de la democracia y el liberalismo en la región.

Krauze nos dice que «*Redentores* es una historia de las ideas políticas en América Latina». No está interesado en escribir una historia intelectual a la usanza clásica. Entre el selecto grupo de personas que examina, hay, es cierto, pensadores de influencia continental, como el mismo Martí, Vasconcelos o Mariátegui. Es también notable la presencia de aventureros revolucionarios, como el Che Guevara y el Subcomandante Marcos, o de líderes asociados con el populismo, como Hugo Chávez y Eva Perón. Krauze nos invita a examinar las ideas como protagonistas, pero las ideas estarían «encarnadas en la vida de seres humanos concretos que [...] las vivieron con intensidad religiosa y seriedad teológica».

La propuesta es atractiva. No obstante, algunos de los ensayos no pasan de ser ricas iconografías de personajes cuyo legado ideológico apenas se esboza. Esa es la impresión que deja la lectura de «Eva Perón, la madona de los descamisados», uno de los ensayos más breves del libro. Krauze ofrece allí unos pincelazos iconoclastas, agudos y oportunos, tanto en su retrato de Eva Perón como del movimiento que lideró con su marido, el «peronismo [...], un perfecto manual de anti-democracia». Krauze lo ilustra con algunos ejemplos, como la represión peronista

contra las universidades, los intelectuales y la prensa. Pero el juicio exigía un análisis más comprehensivo, que incluyese una crítica más sistemática del «populismo». Krauze lo considera «un término neutro». Como «estrategia política», en la definición de Kurt Weyland, quizás lo sea (en la medida en que «populismo» puede ser aplicable a líderes de derecha o izquierda). Pero el populismo ha adquirido recientemente connotaciones normativas de valor positivo. En vez de neutral, se le reivindica como la respuesta a los déficits de la democracia liberal; más aún, como su alternativa.

En contraste con los ensayos sobre Evita y Chávez, el capítulo sobre Octavio Paz, «el poeta y la revolución», es voluminoso y sustancial. Es el más extenso: casi una tercera parte del libro. La magnífica producción intelectual de Paz es por supuesto más propicia para una historia de las ideas. Krauze además trabajó muy estrechamente con Paz. Su conocimiento personal del Premio Nobel mexicano se combina aquí con un cuidadoso examen de un gran número de diversas fuentes. El retrato de Paz abarca el de sus antepasados — padre y abuelo paterno — de profundo significado para entender la trayectoria de sus ideas, con sus anclas ancestrales en la reforma liberal impulsada por la generación de Benito Juárez, en el Porfiriato y en la revolución mexicana. Es un legado complejo que marcó la formación del joven Paz, sin dejarse atrapar en el pasado. Por el contrario, Paz reelaboró su pensamiento con el paso del tiempo. Krauze ofrece un fascinante retrato de su evolución intelectual en el contexto de la política mexicana, dominada por décadas por la hegemonía del PRI (Partido Revolucionario Institucional).

A pesar de sus simpatías marxistas, Paz se distanció temprano de intelectuales latinoamericanos afines al comunismo soviético. Krauze narra su «legendario» rompimiento con Pablo Neruda en la década de 1940, entonces cónsul de Chile en México: según Paz, la literatura de Neruda estaba «contaminada por la política, su política por la literatura y su crítica [era] con frecuencia mera complicidad amistosa». A partir de 1943 y durante las siguientes tres décadas, su evolución intelectual transcurrió fuera de México, incluidas sus estadias en Estados Unidos y Europa. Paz mantuvo por largo tiempo cierto escepticismo frente a la experiencia liberal latinoamericana del siglo diecinueve; no le atribuía mayor valor, al identificarla con una «mentira [...] instalada en nuestros pueblos casi constitucionalmente». En su búsqueda de la autenticidad, consideraba al liberalismo como una mera importación europea. Todavía a comienzos de la década de 1980, como lo narra Krauze, «la democracia liberal no podía saciar a Paz. Era demasiado insípida y formal. No había en ella contenido de trascendencia». No obstante, los libe-

rales Juárez y Madero estaban en su estima, aunque era necesario «corregir el liberalismo con el zapatismo» — la tradicional corriente agraria y comunitaria de la revolución mexicana. Paz no renegó del socialismo. Pero nunca adhirió a la revolución cubana. Antes que contradictoria, su parábola vital parece una búsqueda incesante por reconciliar valores. Enfrentado a complejos dilemas, tomó partido por el pluralismo y las libertades hasta identificarse finalmente con el «liberalismo democrático», al que describió como «un modo civilizado de convivencia. Para mí es el mejor entre todos los que ha concebido la filosofía política».

Si hay un «héroe» entre los *Redentores* de Krauze, éste es Octavio Paz, sin dudas. Es el ensayo que mejor capta el tema central del libro. La selección de las figuras «representativas» para esta historia de las ideas no deja de ser problemática, aunque es cierto que hombres y mujeres de acción como el Che y Evita son portadores de utopías inspiradoras del imaginario social. Hay ausencias significativas. Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, Carlos Arturo Torres no jugaron quizás el papel de figuras redentoras. Pero no toda la historia de las ideas en la región puede confundirse con ánimos redentores. El tangencial protagonismo del siglo diecinueve es tal vez indicativo de cierta subvaloración de la experiencia liberal que siguió a la independencia, aunque Krauze reconoce que el liberalismo no fue «infértil» en todas las repúblicas. Krauze parece aún apegado a ciertas concepciones de la historia latinoamericana que le siguen otorgando un peso desmesurado a la herencia colonial y al caudillismo. Su objetivo, como lo sugiere el epílogo del libro, es advertirnos de las amenazas aún latentes del «absolutismo político» y la «ortodoxia ideológica» contra la consolidación de las democracias que han tomado bastante arraigo en Latinoamérica en las últimas décadas. Válida advertencia. Krauze logra su cometido en un libro de sabrosa lectura y de gran valor. Pero la defensa de las conquistas democráticas se fortalecería con un mejor reconocimiento de las tradiciones liberales y democráticas en la región. Así podríamos superar la muy arraigada convicción de que antes de esta reciente ola democrática sólo habríamos vivido «200 años de dictaduras y anarquías, de revueltas y rebeliones, de guerrillas y revoluciones».

EDUARDO POSADA CARBÓ
The Latin American Centre
St. Antony's College, Oxford